



Y ya no está

Por Teresa Pérez Landa

Me senté a observar mi último cuadro: había querido transmitir la pena que últimamente no dejaba de atenazarme por dentro, cada día con más intensidad; estaba claro que me estaba haciendo viejo. Pero al final, sentado en mi estudio con el cuadro enfrente, solo veía nostalgia; una nostalgia con mayúsculas que me llevaba a aquellos domingos de la niñez, cuando iba caminando por la calle de su mano, ella siempre con su pañuelo de encaje blanco —casi transparente—, en la cabeza. Cada

una de las mujeres que se veían en el cuadro eran ella una y otra vez, una por cada domingo que fui de su mano, ella hasta perderse en el horizonte, hacia un infinito que solo yo sabía que estaba detrás de los árboles del jardín de nuestro vetusto caserón. Por lo menos el cuadro era fiel a las visiones que tenía cada vez que me sentaba en su escritorio de caoba: mis papeles para escribir cartas (sí, soy de los que aún escribe cartas aunque tengo móvil), algunos de mis pinceles, mi taza de café... y esa ventana. Esa maldita ventana por la que no dejaba de asomarme a ella y a mi niñez, como una letanía que no dejaba de sonar. Esa maldita ventana por la que ella venía a visitarme, como una especie de Santa Compañía. Me di cuenta que a cada nuevo cuadro mi estilo se estaba acercando al de una especie de Sorolla siniestro, ¿estaría perdiendo el juicio, como Goya?, ¿pasaría yo como pintor a la posteridad?

Me fui del estudio hasta el pequeño salón donde estaba el escritorio. En el fondo, la única realidad que me devolvía esa maldita ventana, por mucho que yo la ensoñara, es que ella, mi madre, ya no está. Y ese abismo mezcla de nostalgia y dolor me abría el pecho en canal.